

—¿Y qué dijo el tío Blas, el de la carga?...

—La *carga* fué la que le dieron á él entre todos con burlas y cuchufletas, pues cada uno le decía la suya.

No pudiendo sufrir más, se marchó aburrido, se metió en la cama, y de la corajina tuvo un ataque á la cabeza.

No creas que fué cosa de poco, que hubo que ponerle sanguijuelas, y estuvo si se va si se viene...

Afortunadamente, se curó del ataque, y aunque de su fatuidad no se curó del todo, por aquello de que «genio y figura...», sí se reformó algo, y fué desde entonces más razonable y menos presumido.

CALENTURA PALÚDICA

—No os burléis nunca jamás de ningún *físico*—decía el Parletán de Poblón á unos mozos que se reían del albéitar porque había asobinado una vaca descordada y lo había hecho con tal habilidad que después de la operación cojeaba más que antes;—no os burléis nunca de ningún físico, porque los físicos siempre tienen que saber más que nosotros, porque lo han estudiado, y los que lo estudian son los que lo saben.

Me ha pasado á mí sobre eso una cosa que... nunca se la he contado á nadie; pero veréis...

¿Os acordáis de aquel cirujano que tuvimos, algo cegaratoso, que se llamaba don Polonio Moral, y nosotros le llamábamos *Morral*, porque decíamos que no sabía una palabra?... Pues con aquél me pasó á mí un caso que no se me olvida...

La primera vez que yo aliqué á la mi Robustiana, me acuerdo como si fuera aho-

ra, la dí de firme... Veréis cómo fué. No hacía más que dos meses que nos habíamos casado... Un domingo después de comer me llamaron á la casa de Concejo á echar la robla del toro, que le habían vendido, y á la verdad, como el vino era bueno, de La Moraleja, bebí algo mucho.

Cuando volví á casa me dijo la mujer:

—Vamos al rosario, que ya tocaron la última.

—Bueno, mujer: vamos,—la dije.

Pero ya en el portal para salir, noté que se había puesto un pañuelo pajizo de altiver, que no me gustaba á mí que se le pusiera, porque tenía otro igual la hija mayor del tío Circunloquios, á la que pretendí yo antes que á ella y me dió calabazas... Y es claro, viendo á mi mujer con aquel pañuelo, se me representaba la otra, que era mucho mejor parecida, y luego, al ver á la mía la cara, se me figuraba que veía al demonio, Dios nos libre...

—¿Por qué llevas ese pañuelo?—la dije al vérselo asomar por debajo de la mantilla.

—¿Por qué no le he de llevar?—me respondió.

—Porque no quiero yo que le lleves.

—¿Pues me da á mí la gana de llevarle!

—Pues que te dé la de quitártele ahora mismo.

—¡Sí; porque á tí se te antoje!

—Y nada más que porque á mí se me antoja, te le quitas.

—¡Que no quiero, ea!

—Mira, Robustiana, no me *inrites*, que te voy á santiguar, como hay viñas.

—¿Tú? ¡Quiá!... ¡El tío santiguaban!...

Ella que es terca, y yo que tengo malas moscas... se me alborotó la sangre, cogí un mango de un bieldo, que fué lo primero que encontré, y ¡zus! ¡zas! empecé á darla palos con él, ciego de ira, sin mirar dónde daba y sin parar hasta que se me cansó el brazo.

La rompí la cabeza por dos partes, pues aunque ella la escondía lo posible, todavía la alcanzaron dos palos buenos; y al llevarse la mano allá y advertir que sangraba, comenzó á dar gritos, llamándome bribón y tuno y diciendo que la había matado.

—Mira, no grites, que te esgñaño—la dije echándola una mano al pescuezo;—al cabo... preso por mil, preso por mil y quinientas... Con que tengamos paz, lávate esas heridas con vino y romero, y como si no hubiera pasado nada...

—Sí, ahora, después de hacer el daño...

—dijo ya un poco más tranquila y como tratando de volverse á buenas.

—Después de hacer el daño—la dije,—hay que tratar de remediarle, y no de ha-

cer encima otro mayor, como sería el de que lo entendiera la justicia.

Me obedeció: se lavó las heridas con vino y la cara con agua, haciendo desaparecer la sangre, y todo quedó así por el momento.

Al oscurecer dijo que se la partía la cabeza de dolor, que no se podía tener en pie, y se metió en la cama.

A otro día tenía un calenturón como un toro. La miré las espaldas, porque decía que se la figuraba que tenía allí lumbre; y lo que tenía eran unos renegrales que daban miedo.

—Llama al señor cirujano—me dijo,— porque yo me ahogo.

—No: no le podemos llamar, porque ve los golpes, da parte al juzgado y nos pierde...

—Los golpes... si no me los hubieras dado era mejor.

—Tú tuviste la culpa... Y de todos modos, ya eso no tiene remedio; con que ten paciencia... y no me enfades, no sea que te dé otro tanto...

—Pues llama al cirujano, que no le enseñaré las heridas ni le diré nada... Pero á ver si me da alguna cosa para cortar esta calentura...

Llamé al cirujano, vino y se acercó á la cama diciendo:

—¿Qué es eso, Robustiana; qué tienes?

—Señor, que me duele mucho la cabeza y siento un calor que me abraso.

—¿A ver una mano, á ver?

Y se puso á tomarla el pulso.

Excusado es decir que no sabía nada de lo ocurrido, porque no se lo habíamos dicho á nadie. Las heridas tampoco las pudo ver, porque estábamos casi á oscuras, pues no tenía yo abierto más que el quarterón de la ventana... y además ella tenía la cabeza arrebujada en un pañuelo...

Pues á pesar de que no había visto nada ni sabía nada de los palos, ¿queréis creer que se los conoció en el pulso?...

No hubo más. En cuanto se le tomó un poco, volvió hacia mí la cara y me dijo con una sonrisilla que me dejó helado:

—Es una calentura palúdica.

Figuraos cómo me quedaría yo... comprendí que era en vano tratar de ocultarle la cosa, y me eché á la pía diciéndole:

—¡Don Polonio, por Dios! No me pierda usted... Sí, es verdad: la dí unos palos... Ya veo que usted lo ha conocido... De un acoloramiento nadie está libre... No dé usted parte á la justicia, que yo corresponderé con usted...

Se quedó pensativo, hizo algunos escrúpulos, pidió mil reales por callar, le dije que tanto no podía yo reunir, bajó á quinientos,

y al cabo, el hombre no fué muy tirano... Dale de aquí, dale de allí, nos ajustamos en siete duros, que le pagué á toca teja... y muy contento.

Con que... ¡para que veáis lo que es el haberlo estudiao!... Un hombre como aquél, que parecía tonto, no más coger el pulso conoció que la calentura de mi mujer era palúdica...

¡Claro! ¡y tan palúdica!...

¡Menudos palos había llevado!...

¡VUELVE POR OTRA!

Entraba el mes de Julio y volvían de la siega los guañines, después de haber tumbado ya toda la hierba de las sierras de Segovia y de las llanuras de Campos.

Por lo regular, antes de meterse otra vez en Asturias, pues eran asturianos, solían segar dos ó tres semanas en los últimos pueblos de la montaña de León, donde la siega viene tardía, y así daban tiempo á que llegara el día de Santiago para reunirse en la romería de Valdeacebos, achisparse, armar la danza prima y armar camorra los de un concejo contra los de otro, gritando aquéllos ¡Viva Piloña!, éstos ¡Viva Parres!, y concluyendo la función á palos.

Después, si no los metían en la cárcel, al día siguiente pasaban el Puerto.

Pero algunos años, cuando los jornales en tierras de Segovia y de Valladolid habían sido altos y traían la bolsa bien repleta, de Sahagún para arriba, ó cuando me-

nos en pasando de Almansa, ya no querían segar ni caro ni barato: cerraban la guadaña, es decir, la desarmaban, colocando la hoja á lo largo del asta; y echándose la al hombro izquierdo, después de colgar de la manija el zurrón, soliviándole algo con un palo terciado sobre el derecho para repartir el peso entre ambos, emprendían la marcha en dirección á Asturias, sin detenerse más que á refrendar el pasaporte en las principales tabernas del camino.

Aquel año era así: bueno para los segadores, malo para los que tenían hierba que segar. Los jornales habían estado por las nubes, y los guañines, que habían ganado lo que habían querido, volvían hacia su tierra locos de contentos, cantando y relinchando; todos, por supuesto, con las guadañas cerradas.

Esto solo era ya señal bastante cierta de que no querían trabajar más; pero á pesar de eso, algunos propietarios, obligados de la necesidad, pues se les estaba pasmando la hierba en los prados, salían á preguntarles por un ver, y porque, lo que ellos decían, en preguntar nada se pierde.

—¿Quieren segar?

Regularmente contestaban á la pregunta con un relinchido:—Hiii-ju-ju-ju,—y seguían andando.

Si en la cuadrilla iba alguno un poco

más formal que los otros, contestaba secamente:

—Ñon segamos, ñon.

—Les pagaré buen jornal,—reponía el labrador que había hecho la pregunta.

—Mas que nus dea la herba pa nusotros, ñon cortamos ya pelu en Castilla.

Detrás venía otra tanda de ellos; se les hacía la misma pregunta de si querían segar, y contestaba uno con esta insolencia:

—¡Arrancalu con los dientes, hom!... Hiii-ju-ju-ju...

Nada: no había manera de entenderse con ellos.

Una de aquellas cuadrillas, después de haber estado comiendo y bebiendo, sobre todo bebiendo, en la taberna de Villahermosa, volvió á ponerse en marcha; y aun cuando desde allí no era costumbre parar hasta la venta de los Ciegos, que está á tres leguas, se paró en el mesón de Resaco, que está á mitad de camino, porque á casi todos los compañeros se les iba secando ya la boca.

Si en Villahermosa tenía Juanón un vino tinto de Peleagonzalo que ardía, en Resaco tenía la tía Lina un vino blanco de Rueda que quitaba el juicio... Lo cierto es que á los guañines, que ya de atrás no traían mucho, les quitó efectivamente el poco que

les quedaba, y empezando á disputar sobre quién era mejor segador y de más aguante: que «yo siempre segué más que tú,» que «un cuernu pa tí,» etc., etc., se enredaron á palos con tal furia, que todos eran á dar sin saber dónde daban.

Alborotóse la barriada y aun el lugar entero: á las voces de ¡que se matan! ¡que se matan! acudió la gente, y cuando se logró restablecer la paz, se vió que todos, poco ó mucho, estaban grinados; pero particularmente había uno descalabrado por dos partes, que daba sangre como un chivo.

—Este mozo se está desangrando y se muere,—dijo la tía Lina, entrando asustada en el mesón por unos trapos para encañarle.

Los demás trataron de poner pies en polvorosa, excepto uno viejuco que, aunque no estaba apenas herido, no se podía levantar de borracho.

Mas no lograron huir, porque el alcalde pedáneo, por lo que pudiera resultar, los detuvo á todos, haciendo para ello á dos mozos algo cazadores que tenían escopeta, funcionar como fuerza pública mientras llegaban los civiles de Cenagal, á quienes avisaba al mismo tiempo que daba parte al juzgado de primera instancia.

Llevaron á los detenidos, entre el alcalde y los improvisados guardias, á encerrar-

los en la casa de Concejo, que en la temporada de invierno hacía de escuela, teniendo también que hacer de cárcel en ocasiones; y mientras tanto la mesonera cocía vino con romero y aceite, y chapeaba con ello las heridas del descalabrado.

Los rapaces, que habían acudido todos á enterarse del suceso, rodeaban unos al herido y otros al viejo borrachingá, que, azorrido y sin mover brazo ni pierna, permanecía tendido boca arriba entre unos maderos en el antojano de la casa.

—¡Tía Lina!—dijo uno de los chicos á la mesonera.—Aquí hay un tiñn muerto.

Entonces el asturiano abrió un poco los ojos, como queriendo darse cuenta de lo que ocurría, y sin actividad apenas para volverlos á cerrar, se quedó así con ellos entreabiertos.

Y otro rapaz algo mayor dijo, rectificando al que había hablado antes:

—Diga que no, tía Lina, que muerto no está; pero sí debe de estar muy malo, porque ya vuelve los ojos...

—¡Muy malu, sí, muy malu!—murmuró el guañín compasivamente.—¡Probes criaturas!... Nunca meyor me ví que agora... Bien sabi Dios que ñon quisiera más que estar lo mesmu siete días de cada semana...

Llegó el cirujano á reconocer y curar al herido cuando ya había tenido tiempo de

sobra de haberse muerto sin los cuidados y las medicinas de la mesonera, y llegaron también los civiles para hacerse cargo de los presos y conducirlos á Cenagal, donde el juzgado empezó luego á instruir la causa.

Era á la sazón el hombre de Cenagal don Isidro, sin el cual puede decirse que no se movía una hoja... ni de papel ni de las demás; pues sobre ser escribano en todos los sentidos que entonces tenía la palabra, es decir, notario, como ahora se dice, y al mismo tiempo actuario ó escribano de actuaciones, era también secretario del Ayuntamiento con facultad de ejercer de alcalde y de corporación en pleno... y no sé si era alguna otra cosa todavía.

Como escribano de actuaciones dicho se está que era el que hacía y deshacía en el juzgado; porque muchas veces no había juez y desempeñaba legalmente sus funciones el alcalde constitucional, que solía ser un pobre labrador cualquiera, y cuando había juez solía ser un recién venido que no estaba enterado de nada.

No era don Isidro mala persona, pues tenía sentimientos de rectitud é instintos de justicia.

El decía, y acaso lo creía de buena fe, que era liberal; pero en realidad no tenía nada

de eso, ni sabía lo que era ser liberal: lo que era él, un hombre de bien en toda regla...

A pesar de eso, en el pueblo y en el contorno tenía mala fama y casi nadie le podía ver, porque decían que se había ido enriqueciendo, y que era muy amigo de mandar, etc., etc.; pero hay que advertir que entonces la gente no estaba acostumbrada á las tiranías y á los cacicatos de ahora, y se quejaba de vicio.

Aparte de que para ser aborrecido universalmente, le bastaba con ser escribano.

Había entonces en el país mucha prevención contra el oficio y contra todos los que le ejercían, á los que vulgarmente llamaban *gatos*, para dar á entender que tenían las uñas largas ó que se las dejaban crecer en demasía, y corrían entre el pueblo multitud de cuentos, chascarrillos y coplas en que se trataba de gatos á los escribanos, pudiendo servir de muestra este cantar popularísimo:

Un escribano y un gato
se cayeron en un pozo:
como los dos eran gatos,
se arruñaban uno á otro.

No le gustaba cosa á don Isidro que le tuvieran por gato, y menos que se lo dieran á él mismo á entender con indirectas, como le había sucedido ya algunas veces...

Porque, eso sí, él era muy amigo de poner motes á los demás, y se las echaba de burlón y de gracioso; y, como suelen decir, al buey peleador nunca le faltan coronadas.

Había precisamente en Resaco un herrero llamado Felipe, hermano de aquél otro de Vegamián que ustedes conocieron en las primeras hojas de este libro, el cual Felipe ó Felipón, lo mismo que su hermano Lorenzín, era conocido por el sobrenombre de el *Gato*. Aunque nadie se lo solía llamar á la cara, como no fuera alguna de esas personas que hay desvergonzadas que se atreven á todo.

Un día que Felipe el herrero había tenido que ir á Cenagal á no sé qué urgencia, encontró en la calle al escribano don Isidro, que con socarrona amabilidad le dijo:

—Adiós, Gato.

A lo que le contestó Felipón echándose mano á la gorra con mucha cortesía:

—Adiós, *compañero*.

El escribano, que no esperaba esta salida de Felipe, quedó por el momento algo desconcertado. Pero luego se repuso, y creyendo poner al herrero en un aprieto, le llamó diciéndole:

—Oye, Felipe... Pero, hombre... ¿de qué somos tú y yo compañeros?

—Señor, de milicia—le contestó el he-

rrero en el acto.—¿No somos los dos de la misma compañía de nacionales?...

Efectivamente, el escribano era el jefe de la milicia nacional del partido, en la que el herrero tenía su fusil correspondiente.

La ocurrencia fué muy celebrada y muy reída á costa del orgullo de don Isidro, que, como se ve, había llevado en la refriega la peor parte.

Y allá tenía la espina.

El día de la trifulca de los guañines, medio Resaco había sido citado á declarar en la causa.

Y entre tantos testigos no podía faltar el herrero, que, por tener la fragua junto á los mesones, podía dar razón de todo.

Al día siguiente bajó á Cenagal con los demás, y estando en conversación á la puerta del juzgado esperando á que los llamaran á dar la declaración, hubo uno que le dijo:

—¿A que no vuelves hoy á llamar gato á don Isidro como aquel día que se lo llamaste ahí en medio de la calle?

—¡Psche!... Tó está en que se presente ocasión—contestó Felipe... — O en que á él le dé la gana de llamármelo á mí.

—No: aunque te lo llamara... hoy no se lo llamabas tú á él...

—Eso lo veríamos... ¿Quieres apostar

una azumbre de vino á que como se meta conmigo no se va sin ella?...

—Apostada.

—Bueno: pues vamos á beberla por de pronto, y luego el que la pierda que la pague...

Y en efecto bebieron la apuesta.

Cuando le tocó el turno y fué llamado por el alguacil, entró Felipe en la sala de audiencia con la gorra en la mano, y se quedó de pie ante el estrado en actitud modesta y respetuosa.

—Hoy me las va á pagar este tuno—pensó el escribano,—porque lo que es aquí no se atreve él á volverme una mala contestación ni á decirme una palabra más alta que otra.

Como conocía perfectamente al testigo, sin necesidad de preguntarle nada extendió su filiación de memoria, y cuando la acabó se puso á leérsela:

«Acto continuo ante el mismo señor juez y ante mí el infrascrito escribano, compareció el testigo Felipe García, alias el *Gato*...»

Y suspendiendo aquí la lectura, levantó la cabeza, miró al herrero con cierta altanería provocativa, y con burla mal disimulada le dijo:

—Pero, hombre... ¿Por qué os llaman á vosotros gatos?... A tu hermano Fabián el

que está en Reyero, el Gato grande; á tí, Felipe el Gato; á tu hermano Lorencín el de Vegamián, el Gato chico... y á tu padre también creo que le llamaban el Gato... ¿Por qué os llaman gatos?...

—Yo casi no lo sé, señor don Isidro—le contestó Felipe con voz humilde y con los ojos fijos en la gorra que tenía cogida con las dos manos como un doctrino;—á punto fijo no lo sé...: le oí decir á mi padre que porque descendíamos de un escribano...

LA TRETA DE MARTINÓN

Parecía tonto, y no era esto lo más malo, sino que además de parecerlo...

Bueno, pues, á pesar de ser tonto, ya verán ustedes cómo se metió en casa...

No en la suya, porque no la tenía, y aun cuando la hubiera tenido, tampoco hubiera hecho en ello grande habilidad, porque á eso casi todos los tontos aciertan; sino en la del vecino...

En la del vecino más rico del pueblo, casándose con su hija.

Y cuenta que Martinón, además de ser tonto y pobre, como queda dicho, era feo como un condenado.

Había tenido las viruelas, de rapaz, y le habían dejado una cara que parecía una piedra toba. Tenía, á mayor abundamiento, los ojos encarnizados y llorosos á consecuencia también de la maligna enfermedad; en fin, que, de la cara, daba asco verle.

Y de lo demás... tampoco era buen mo-

zo: era altón y derechón como un chopo podado, pero desgarbadón y sin gracia ninguna.

—Y ¿con todo eso?...—dirán ustedes.

Sí: con todo eso se atrevió Martinón á poner sus turbios y enlagunados ojos en la muchacha mejor acomodada del lugar, que era Vicenta, la hija del tío Fanfarrín, así llamado de mal nombre, porque era pequenete y siempre estaba inventariando lo que tenía y ponderando lo bien que iban á quedar sus hijos el día que él faltara, pues como no eran más que uno y una, no tenían más que «hacer así»; al decir lo cual juntaba el tío Fanfarrín los dos puños cerrados y los separaba inmediatamente de arriba retorciendo las muñecas hacia afuera como en ademán de partir un bollo en dos cachos.

La gente de Secadal, que era donde sucedían estas cosas, cuando se enteró de los intentos y de las pretensiones de Martinón, se hacía cruces.

—¿Pero no es bien atrevido?—decía una moza á otra una noche volviendo del rosario.

—¡Ya, ya!—la contestaba su compañera.—Tendría gracia que después de tanto presumir Vicenta se casara con uno que no tiene más que el día y la noche.

—¡Sí, que le va á querer!... ¡De aquí á poco!...

—Pues él allá anda.

—Pues el andar tiene por de más, y lo que ande pierde—dijo aproximándose las un mozo que venía detrás oyéndolas la conversación;—porque lo que la sobran á Vicenta son pretendientes, y no se hizo la miel para la boca del asno.

—Eso digo yo—añadió la primera de las mozas;—y, vamos, yo no sé... pero hartito será que consiga nada más que dar que reír á la gente.

—Dios vos libre de que ella se encapiruche—dijo otro mozo acercándose al grupo también,—porque las mujeres, si las da por hacer disparates, los hacen morrudos.

—¡Quiá! no lo creáis—dijo la moza primera.—¿De qué se había de enamorar ella, ni por qué se había de encapiruchar?... ¡Si además de ser pobre es más feo que Picio!

—Cuán más, que ¡bonito es el tío Fanfarrín para consentir á su hija tales capiruchos!—añadió el primero de los mozos.—¡Con que creo que ha dicho que no se la lleva ninguno que no la iguale en hijuela!...

—Y luego que con el orgullo que tiene Vicenta, ¿se había de ir á casar con un criado de servicio?...

Porque debo advertir á ustedes que Martinón estaba de criado en el mesón llamado

de la Hoz, situado á unos quinientos pasos del lugar, en el camino por donde pasaba la arriería, que era entonces muy numerosa.

Con lo cual ya no hay que decir que el mesón aquél era de mucho movimiento y, naturalmente, de mucho trabajo, de modo que á Martín no le holgaba la madera.

Pero para eso ganaba dos onzas de soldada, que no se ganan así como quiera ni las ganan todos.

Ni tan poco las había ganado él hasta aquellos años últimos, pues al principio había entrado ganando poco más que la comida; luego había llegado á ganar una onza, y después había ido subiendo hasta dos cabales.

Porque, eso sí, los amos, el tío Santiago y la tía Petra, no dejaban de estar contentos con él, pues aunque tenía poca inteligencia, para el trabajo era como un oso: aguantaba mucho á hacer las cosas y no se rendía nunca.

Y si le mandaban por vino á Campos y le entregaban el dinero necesario para cargar, siempre les daba buena cuenta.

De modo que los mesoneros le estimaban y le consideraban como si fuera de la familia.

Pero de esto á que le quisiera la otra...

Lo primero que se le ocurrió á Martinón

para acometer su difícil empresa de conquistar la plaza de yerno del tío Fanfarrín, fué hacerse amigo de su hijo Felipe, el hermano de Vicenta.

Regularmente habría oído aquel cantar que dice:

A un hermano que tienes
Le quiero tanto,
Porque por la peana
Se adora al santo...

y se le apropiaba tratando de ponerle por obra.

Si disputaba Felipe, ó simplemente sostenía una opinión conversando con otros mozos, siempre salía Martín dándole la razón y apoyándole.

Si jugaban á los bolos, ó á la brisca, ó á otro juego cualquiera, siempre quería ir con él de compañero.

Y es claro, Felipe, que era un pobre muchacho sin malicia, no supo resistir á las continuadas demostraciones de adhesión, y le fué cogiendo cariño...

Un día Martinón se presentó á la mesonera con una cara muy compungida y la dijo:

—Tía Petra, quería pedirle á usted un favor...

—Tú dirás—le contestó ella,—y si se puede, se te hace.

—Es que, mire usted, es un favor muy grande, y no sé si usted me le podrá hacer sin contar con el tío Santiago.

—Bueno, hombre: dí lo que quieres, y se cuenta con él si es preciso.

—No; eso no quisiera...

—Vaya, pues dí: ¿qué es?

—Mire usted... Yo creo que usted tendrá confianza en mí, porque en materia de intereses...

—Sí, hombre; ya ves que siempre la hemos tenido. ¿No has ido muchas veces á tierra de Toro por carros de vino y se te han dado dos mil, dos mil quinientos y hasta tres mil reales, sin más seguridad que tu palabra?... ¿Qué es lo que quieres?

—Si casi no me atrevo á decirlo; porque...

—¿Acabarás de parir hoy, ó mañana?... ¿Qué es ello?

—Si me pudiera usted prestar ocho ó diez mil reales...

—¡Jesús!... ¡Ave María Purísima! ¿Para qué los quieres?—prorrumpió asustada de la cantidad la mesonera.—¿Has dado algún mal paso?... ¿Te han cogido en algún renuncio? ¿Qué azaridad has hecho, enemigo?... ¡Y yo que te tenía por hombre de bien!...

—Y lo soy, tía Petra...

—¡Calla, déjame en paz, pecao!... ¿Cómo

lo has de ser?... ¿Cómo habías de necesitar tú todo ese dinero, no siendo para componer alguna calaverada, para tapar algún delito... alguna cosa muy gorda?... ¡Diez mil reales!... ¡Ave María tres veces!...

Al ver el giro que la mesonera daba al asunto y las sospechas que la asaltaban, se resolvió á ser algo más explícito, diciéndola:

—No se asuste usted, señora ama, que no he hecho nada malo... Quería ese dinero para dárselo á guardar por unos días á Felipe el del tío Fanfarrín como que era mío... Ya ve usted que allí seguro estaba y...

—No digo que no lo estaría; pero ¿tú le quieres engañar, ó para qué es eso? ¿Con qué fin quieres tú que él crea que tienes tanto dinero?...

—Se lo diré á usted todo, tía Petra... Yo me quería casar con su hermana...

—Ya lo había oído yo; pero... muy alto picas.

—De bajar siempre hay tiempo...

—Eso sí, es verdad.

—Pues verá usted: yo creo que ella sí me querría; pero su padre no está de parte de casarla con un pobre, y si llega á persuadirse de que yo tengo mis ahorrillos...

—Bien los podías tener si no fueras tan gastadorón y tan amigo de andar majo.

—¡Por Dios, tía Petra! Usted me salva,

usted me hace hombre si me da ese dinero... Y si puede ser, sin que lo sepa el tío Santiago, no sea que se le escape decirselo al tío Fanfarrín, porque son algo amigos...

La mesonera se dejó ablandar por los ruegos de Martín, y aunque repugnándola el engaño, le dió diez mil reales en oro, con los cuales se fué él en seguida á casa del tío Fanfarrín, llamó aparte á Felipe y le dijo:

—Mira, chacho, hazme el favor de guardarme ese poco de dinero, porque tengo que ir por vino con el carro, y otras veces lo llevo en el cinto; pero voy expuesto á que me lo quiten en alguna posada ó en algún despoblado, y más seguro está aquí en tu casa.

—Bueno—le dijo Felipe.—¿Cuánto es?

—Diez mil reales me parece que son—le contestó Martín:—treinta onzas y cinco ochentinas...

Felipe, que no tenía bolsillo aparte ni costumbre de guardar dinero en tal cantidad, se lo dió á guardar á su padre refiriéndole el caso.

Desde entonces el tío Fanfarrín comenzó á poner buena cara á Martín y á recomendarle á su hija como un buen partido.

Ella no le podía ver ni pintado; pero su padre tomó la cosa con tanto calor, y tanto

y tanto machacó sobre ella, que no tuvo la infeliz más remedio que resignarse al cabo y á la postre.

—¿Sabes tú lo que son diez mil reales?...

—la decía.—¿Sabes tú lo que es un hombre con diez mil reales?...

—No lo sé—decía ella:—lo que sé es que Martín es un hombre muy tonto y... muy feo...

—Eso son monadas. ¿Qué más da que sea feo que sea guapo?... Tiene diez mil reales...

—Y todos se ríen de él...

—¡Ah! tontina. Él sí que se reirá de todos el día de mañana... Tiene diez mil reales... Tenéis diez mil reales, además de lo que yo te dé á tí... Con diez mil reales ponéis ahí en la casa nueva un comercio surtido de todo, y en poco tiempo os hacéis los amos de todo el dinero del lugar y de la comarca, quedándoos además el tu caudal entero, y ahí lo tenéis para los hijos... ¿Qué dices?

—Que más quiero no ser tan rica y casarme con un mozo que me guste.

—¿Qué sabes tú ahora lo que quieres, trasta?... Tú harás lo que yo te mande, que eso debes hacer, porque las muchachas estáis cieguinas y no conocéis las cosas... Además, que si no me obedecieras... y yo te desheredara, vamos, que te quitara

todo lo que cabe en ley, mejorando á Felipe, ¿qué sería de tí, criatura?...

En fin, que por tales razones y ante semejantes amenazas la pobre Vicenta obedeció á su padre como una cordera, y Martínón se salió con la suya.

Y decía para sí el día de la boda, después de misa:

—¡Ahora que digan que soy tonto!

El tío Fanfarrín se llevó chasco; pero tomó el partido de callar por lo pronto, para que no se dijera que le habían engañado como á un chino.

Mas ¡ay! no fué lo más malo el chasco del tío Fanfarrín, que bien le merecía por codicioso, sino el disturbio y la verdadera catástrofe que la estratagema de Martínón produjo en la familia de los mesoneros, sus protectores.

Porque dió la desdichada casualidad de que al tío Santiago le volviera en aquellos días el alcalde del pueblo tres onzas que le había pedido adelantadas para pagar la contribución municipal, y al ir á ponerlas con lo otro, le pareció que había mermado, contó, y echó de menos los diez mil reales.

Y como sabía que su mujer, aun cuando conocía el guchipero donde se guardaban los ahorros, jamás cogía nada de allí, pues una peseta que necesitara para un pañuelo

se la pedía á él, no le ocurrió sospechar en ella ni preguntarla.

En quien sospechó desde luego fué en un hijo que tenía estudiando en el Seminario, y que había estado poco antes en casa á pasar unas vacaciones.

—¿Quién había de ser más que él?— pensaba el mesonero:—no ha podido ser otro.

Y con esta idea, sin decir nada á su mujer, porque estaba seguro de que nada sabía y no quería darla una pesadumbre, á la mañana siguiente aparejó un machejo terciado, montó en él y marchó á la ciudad diciendo que iba á hacer unas compras.

Se fué derecho á la posada del estudiante, subió, se encerró con él en una habitación, y con malos modos le pidió cuenta de los diez mil reales que le faltaban.

El hijo le contestó que nada sabía; el padre no le creyó, é insistió en que le declarara para qué le había cogido el dinero; el hijo siguió negando incomodado, y el padre apremiándole furioso y diciéndole impropiedades; y no contento con maltratarle de palabra, llegó al extremo de ponerle las manos.

Volvió á su casa muy malhumorado y nervioso, tanto, que habiéndolo notado su mujer, le preguntó qué tenía ó qué contratiempo le había sucedido en el viaje.

Obligado por estas preguntas, la declaró el robo que había descubierto; y entonces ella le contó minuciosamente la historia, añadiendo que el dinero ya estaba en su sitio, pues aquel mismo día se lo había vuelto Martín.

El mesonero volvió inmediatamente á la ciudad á dar á su hijo explicaciones de la equivocación y pedirle que le perdonara; pero el hijo estaba muy herido... No ya los malos tratamientos, sino la desconfianza y el mal juicio que de él había hecho su padre le habían llegado tan al alma, que no fué posible hacerle deponer su enojo.

Había resuelto en su interior expatriarse, y á los pocos días se marchó á América.

Con lo cual su madre no volvió á tener día bueno: dió en adolecer, adolecer, hasta que murió hipocondriaca.

Bien pagó la infeliz su necia cooperación al engaño del criado.

Este, en cambio, se ha enriquecido, y vive muy á gusto sin haber pagado nada hasta ahora...

Ya lo pagará, que no es Dios viejo.

ROSENDA Y RUDESINDA

I

Siempre estaba triste la hija de Colás el rico nuevo.

No había para ella día, ni hora, ni momento agradable.

Aun cuando alguna vez llegara á olvidarse algo de sus penas y la sonriese un poco la felicidad, no podía entregarse á ella por completo ni abandonar del todo su aire de víctima, porque la había dicho otra cursi en el colegio del Sagrado Corazón, que era de buen tono estar siempre algo triste.

Verdad es que, aparte de esta causa, muy poderosa en ella, dado su perpetuo afán de parecer elegante, no la faltaban motivos de tristeza.

De modo que, entre uno y otro, la pobre criatura se ponía insufrible.

Y no la entristecía tanto el no ser hermosa, que no lo era si se ha de decir la